

LA SEÑORA DE LOS PERROS

DEL LIBRO "BAJO EL SOL Y FREDTE AL MAR"

A CARO de verla pasar por frente a la casa de huéspedes en que vivo. Tiene una silueta inconfundible. A la luz cruda de este sol cubano, su figura se recortó, en negro, en el aire de oro del día.

Ultimo término: las arcadas rectas de un Portal del Prado. Bastidores: los árboles y las bancas del paseo. Rambalinas: el azul de una mañana espléndida. Entre el romplimiento y las baterías del escenario, va y viene el coro humano; las mujeres, licitantes y vaporosas; los hombres, de traje blanco y sombrero de paja; un coche de alquiler, un auto, un carromato. Y en el centro de todo un instante, ella, no me cabe duda. La veo de perfil: un cuerpo rígido, alto, anguloso, enfundado en un abrigo negro y talar como una sotana; ni una curva ni un abultamiento; un paralelepípedo que camina; sobre el cuerpo una cabeza, en la cual se encasqueta un sombrero de fieltro, en forma de empuje invertido; bajo el fieltro, una nariz roja, grande, de líneas quebradas y gruesas, sombreando una boca sin labios, en curva descendente. El ojo no se ve porque lo cubre el ala del sombrero. Evoca el contorno de Listz. Recuerda las caricaturas de "Tío Sam". Cualquiera pensaría que pudiera ser un abate. Y no; es una miss. Es la "señora de los perros".

¿Que quién es la "señora de los perros?" Voy a satisfacer tu curiosidad, linda criolla que levantándote de la mesa del comedor buscaste, frente al balcón abierto, la mecedora donde refrescar el bochorno de la siesta. Voy a decirte mientras recorres distraída, la "página de damas", de este periódico.

La "Señora de los perros" es una inglesa, una vieja inglesa. La conocí a bordo del "Morro Castle". Venía sola; es decir, sola, no; venía con dos perros; y con ellos, en un departamento sucio y bajo del buque, se pasaba las horas muertas. Fue una de las necesarias víctimas de la higiene pública. Sufrió, en compañía de otros cincuenta desgraciados, una prisión de quince días en el Lazareto de Mariel. Eso fue lo que al principio supe de ella. ¿Insignificante, no es cierto?

Pues bien; no olvidaré jamás a este ser, de apariencia vulgar, de aspecto corrientemente sordido, de facciones trivialmente caricaturescas. Nunca me habló; el idioma nos separaba; nunca fijó con atención en mí sus ojillos de ajénjo. En su retraimiento, en su sequedad—en los que habla no sé qué noble distinción—entabló breves y concisas conversaciones con el pugilista yanqui, con el comisionista canadiense, con el aventurero tejano. Pero de mí no supo, ni quiso saber mientras convivimos en la forzada intimidad de las barracas del Lazareto. Yo era la masa informe, impersonal, indefinida, caótica.

Sin embargo, ella era para mí, desde los primeros días de cautiverio solitario, una vida de interés, un tipo de curiosidad. La observaba, a hurtadillas, la miraba de reojo, la perseguía a la chita callando. Al principio te confieso que me repugnaron sus costumbres. En tanto que los "pasajeros de primera" observábamos una metódica existencia, cuya base era la más aburridora higiene, la vieja inglesa—¿lo creerás?—se empeñaba en dormir en la misma alcoba con sus perros, lanudos, feos, antipáticos, y más que nada, corrientísimos. Ni cuidados, ni mimos, ni baños, lograron modificar su estampa de canes sin dueño, que van en correrías nocturnas por los barrios de alguna aldea. Fueron recogidos, al fin de trashumantes miserias, por la piedad extravagante de la miss.

Los compañeros de barraca de la inglesa pusieron el grito en el cielo; aquello era una porquería. Y luego... ¿qué locura la de conversar toda la noche con las bestias como si éstas pudiesen entender el galimatías de la vieja indecente! Ante las justificadas quejas de los asilados, el señor administrador no tuvo más remedio que decretar la separación temporal de la familia extraña formada por una anciana maniática y dos perros callejeros. La decisión del superior fue acogida con palmas y risas. Todos decían: ¿que se fastidie la vieja loca!

En efecto: diez o doce días de dolor profundo, de ablatimiento, de inquietud pasó, como un largo suplicio, la "Señora de los perros". La jaula en que fueron instalados los animales, era una redonda caseta de alambre, construida a unos

treinta pasos del mar. Por muy temprano que se levantara cualquier cuarentenario, podría sorprender ya a la miss, afianzada por fuera, a los alambres de la caseta, y cuidando del alimento de los animales, dirigiéndolos, en tono dulce y maternal, la palabra, sonando las manos para hacerlos saltar y ladrar en el trajín embravecido del encierro.

Así se sucedían las horas.

Así se prolongaba hasta el caer de la tarde, la visita a los cautivos. Así la sorprendí una noche, dos, las diez o doce noches, sentada al pie de la caseta, abatida como la Leonora del Trovador al pie del castillo que encerraba a Maurique, murmurando melancólicamente sus vocablos británicos melificados por la ternura compasiva. ¿Lloraba? Desde el escondite en que yo atisbaba estos dolientes y cómicos episodios creí percibir mal contenidos sollozos y suspiros ahogados. La emoción de la anciana me causaba perplejidad sonriente, y, a la vez, incontestable emoción. He ahí una forma *qui generis* de la locura del bien—me decía yo—; un *decaquismo* muy inglés, cuya raíz, al parecer antihumana, nace de los mismos illicitos prodigios de las "Fioretti" de San Francisco. Un flúido de misericordia acaricia el hocico del "hermano lobo" y el lomo de los perros de la miss.

Mi curiosidad femenina—los poetas solemos ser extremadamente curiosos—resultó irrefrenable. En una de las últimas sobremesas, aproveché los momentos de intimidad a que provoca el principio de una buena digestión, y me puse a hablar con el *boxeador* americano. De repente pregunté:

—¿Y esa señora...?

En su paupérrimo y archimisterioso español, el yanqui me dió datos biográficos. ¡Ah!, un drama terrible...

—Vino de México, de una abrupta montaña, de un mineral del Estado de Guerrero, donde su marido, un ingeniero laborioso, había hecho un capital ni tan grande para abandonar el trabajo, ni tan pequeño para entregarlo al primero que llegase. Una casa tenían los dos viejos, y dentro de la casa, del "hombre" cantado por Tennyson, pan blanco, leche pura, recogimiento alegre, sueño tranquilo y tres hijos robustos. Todo perdido. La horda "zapatista" pasó; el huracán revolucionario sacudió la montaña, y, al alejarse la tempestad que tronaba en los fusiles de los indios y ululaba en las bocas coléricas de los salvajes, sólo quedó un montón de ruinas humeantes, la carne de cuatro cadáveres, aventada a los vientos para pasto de alimañas, y aquella viejecita escualida, loca, inmóvil, imbecil, muda, a la cual acompañaban dos perros ojerosos que, probablemente, habían perdido también a su pastor, muerto o fugitivo, por entre los rugosos acantilados de la sierra.

¿Te explicas ahora, linda muchacha de los ojos de ónix, la piadosa locura de la vieja inglesa? ¿Comprendes, primorosa criolla, enamorada del bien, la infortunada extravagancia de este ser de elección, en cuya insanía doliente hay mucho que meditar, mucho que admirar, mucho que aprender, mucho que compadecer? ¿Disculpas mi sigadora imprudencia?

Alguna vez, si es que he conseguido dejar en tu memoria una impresión, siquiera sea ambigua, de esta infeliz, la verás pasar frente a tu casa alta, enhiesta, sombría, ridícula y pobre. Y en tanto pasa, te asaltará—como a mí—la tentación de interrogarla.

—Buena vieja, ¿dónde están tus perros? ¿Por qué no los dejan ir contigo? Buena vieja, dame un poco de tu piedad extrahumana, y otro poco de tu divina locura de bien y de misantropía. No es sólo admiración, es veneración lo que me inspira. Porque eres un espíritu de un plano infinitamente superior a éste en que vivimos. Porque cruzas, en silencio, sobre la ensordecedora catástrofe del mundo y la callada tristeza de tu recuerdo. Porque no has perdido el amor, al golpe de la desesperación, sino que lo has reconcentrado en dos humildes e inferiores desdichas, en dos hermanos del de Asís y puedes parlotear sin ironía, sin sarcasmo, sin despecho, el verso del romántico lardo de tu tierra:

—Desde que me maltrataron los hombres, amé a los perros.

Luis G. URBINA.

